

flores; pero no hay vientos de tierra alguna que saquen verdura de la arena.”

No hay cosa más terrible, en efecto, que la frivolidad, la superficialidad, es decir, la arenosidad. De arena son las almas de esas gentes de mundo cuya única preocupación es lo que llaman vida de sociedad. En país en que esas gentes llegan á predominar, hay que echarse á temblar.

¡Lo que un hombre de pasión y de fe sufre entre esos badulaques! Y sufre tanto más cuanto parezca que de más atenciones le colman. Lo peor del martirio de D. Quijote fué los festejos que tuvo que sufrir de parte de la alta sociedad barcelonesa. Y hay que leer en el estudio que á Burns dedicó Carlyle en su libro sobre los héroes, lo que dice cuando el buen aldeano escocés llegó á ser el niño mimado, es decir, el juguete de la alta sociedad edimburguesa.

El que un hombre se ponga de moda entre tales gentes es lo peor que puede sucederle.

Si usted conoce los maravillosos sermones de aquel hombre de Dios que se llamó Federico Guillermo Robertson, lea el que pronunció el 7 de Noviembre de 1852 en Brighton sobre el escepticismo de Pilato y lea en general en sus demás sermones cuanto en distintas ocasiones dijo sobre la superficialidad de las gentes de mundo. El egoísmo hay que buscarlo más entre las superficiales gentes de mundo que no entre personas que acaso caigan alguna vez bajo la sanción del Código.

Salamanca, Abril de 1908.

MATERIALISMO POPULAR

Estos Carnavales los pasé en Valencia, adonde fuí llamado por los estudiantes de Medicina de aquella Universidad á tomar parte en un homenaje á Darwin con ocasión del primer centenario de su nacimiento.

La fiesta me parece que resultó muy lucida y fué sobre todo una demostración más del amplísimo espíritu de libertad que se va extendiendo por España, y del profundo respeto de nuestros Gobiernos hacia todas las opiniones.

Cuando estuvieron aquí los profesores bordeleses, una de las cosas que más les sorprendió fué ver fijado en la calle un cartel convocando á los republicanos á un banquete en conmemoración del trigésimosexto aniversario de la proclamación de la República en España. “¿Pero no es España una Monarquía?”, me preguntaban, y luego: “¿Cómo consiente esto el Gobierno?” Y acababan con un *c'est étonnant!* En efecto: en Francia, y en la Francia de hoy, violentamente sectaria, no se permitiría una cosa análoga.

Y les sorprendía cuanto les dijimos, respecto á la grande, á la grandísima, á la casi absoluta libertad de enseñar lo que quiera de que el catedrático goza en España. Verdad es que hoy por hoy, digan lo que quieran los irreflexivos que están gritando “¡Clericalismo! ¡Clericalismo!” España es uno de los países más libres del mundo.

Lo es por lo menos por cuanto hace á los Gobiernos y las autoridades.

En la Facultad de Medicina de la Universidad de Valencia se ha fijado, y en el sitio más visible de la casa, una lápida que dice: “A Darwin, los escolares médicos valencianos, en el primer aniversario de su nacimiento, 14 de Febrero de 1909.” ¿Permitirían hoy á los estudiantes católicos franceses de una Universidad cualquiera de la República poner una lápida á un adalid de la ortodoxia, aunque fuera de los más grandes y más puros?

Si aquí no hay libertad, es abajo, en el pueblo, en las costumbres, en lo social y difuso; no en el Gobierno, en las leyes, en lo político. Los Gobiernos son aquí mucho más liberales que el pueblo.

Y esta intolerancia popular lo mismo se ejerce en un sentido que en otro; tan intolerante es en España el librepensador como el católico.

Pocas cosas hay, en efecto, más lamentables, más tristes, que la “librepensaduría” española. Me recuerda una graciosa caricatura francesa, sugerida por las circunstancias por que está atravesando Francia, y cuya leyenda dice: “Aquí no se permite

pensar libremente. ¡Aquí hay que ser librepensador!”

Nadie en España ha predicado más que yo la cultura y su difusión, y, sin embargo, ocasiones hay en que mi fe en ella desmaya, ó, por lo menos, en que dudo si será el mejor camino el de enseñar á leer y que lea la gente.

Sí, hay veces en que me pongo á dudar si convendrá que los obreros sepan leer en vista de las cosas que leen.

Basta echar un vistazo al catálogo de alguna de esas bibliotecas populares y enterarse de cuáles son los libros que más se leen.

Entre los libros que mayor tirada han alcanzado en España—y acaso en otras partes—está *La conquista del pan*, de Kropotkine, ese alegato entre fantástico y sofisticado que no resiste al más somero examen de quien tenga nociones de economía política. Y otro de los libros que, con gran sorpresa, me he enterado de que se vende mucho para la gente de pueblo es el *Origen de las especies*, de Darwin.

No que yo ponga á la obra capital del sapientísimo, prudentísimo y discretísimo Darwin, junto á la de Kropotkine, no. Darwin fué un espíritu sereno, ponderado, prudente, nada dogmático y nada sectario, un verdadero genio científico. Pero su obra me parece no muy comprensible para obreros, y, sobre todo, muy poco amena, porque á aquel hombre singular y eminentísimo le faltó talento literario. Dar-

win no fué un gran escritor y Kropotkine es un verdadero literato, ameno y vivo.

¿Qué buscan en Darwin los obreros que á Darwin leen? ¿Ciencia? Creo que no. Buscan—hay que decirlo claramente—anticristianismo, no ya anticatolicismo. Y claro, no lo encuentran. Buscan pruebas de que proceden del mono, procedencia que parece halagarles—sin que á mí me repugne—no más sino porque va contra lo que dicen los curas. Y acaso por algo peor.

Es realmente triste cosa el que hombres que ignoran el teorema de Pitágoras, el modo de resolver una sencilla proporción numérica, la posición y funciones del hígado, la ley de la caída de los graves, la causa de las estaciones, la composición del aire atmosférico, los elementos, en fin, más elementales de las ciencias, se pongan á leer ciertas obras que presuponen esos conocimientos. No buscan ciencia, no; buscan una cierta seudofilosofía á base más ó menos científica y con intención manifiestamente anticristiana y hasta antirreligiosa. Y leen cosas tan endebles y tan sectarias como ese lamentable libro sobre los enigmas del universo que escribié Haeckel.

Todo eso de filosofía popular me hace temblar. No hay tal filosofía.

Decía con mucho sentido Ritschl, el gran teólogo, que los ataques que se dirigen al cristianismo á nombre de una supuesta ciencia, no brotan de la ciencia, sino de un cierto sentido religioso pagano que se en-

cubre con ella. Es la concepción religiosa pagana, no la concepción científica, la que los dicta.

En mis frecuentes correrías por ciudades y pueblos, cuando voy de sermoneo laico, suelo tomar á los públicos que me escuchan como materia de experimentos; hago pruebas en ellos y observo cómo responden y reaccionan á mis palabras. Y tengo observado que cada vez que me oyen algo que estiman, aunque equivocadamente, que implica una especie de negación de la inmortalidad del alma y de la existencia de otra vida trascendente á este mundo, rompen á aplaudir. Y estos aplausos me contristan y alguna vez me he revuelto contra ellos.

Si esos aplausos quisieran decir: “¡Bien! ¡Bravo! ¡Este es un hombre entero! Este antepone el amor á la verdad, por dolorosa que nos sea, al amor al consuelo.”; si quisiera decir esto el aplauso, aún lo aceptaría, aunque con tristeza. Pero no, ese aplauso quiere decir esto otro: “¡Bien! ¡Muy bien! No queremos otra vida; ¡nos basta con ésta!” Y esto me apena porque es explosión del más envilecedor de los materialismos.

El que uno no crea que haya Dios, ni que el alma sea inmortal, ó el que crea que ni hay Dios, ni es inmortal el alma—y creer que no la hay no es lo mismo que no creer que la hay—me parece respetable, pero el que no quiera que los haya me repugna profundamente.

Y precisamente á mí, que llevo esa espina en lo más profundo del corazón; á mí, que no puedo resig-

narme á volver un día á la inconsciencia; á mí, que tengo sed de eternidad, esos aplausos me trillan el corazón. Que un hombre no crea en otra vida, lo comprendo, ya que yo mismo no encuentro prueba alguna de que así sea; pero que se resigne á ello y, sobre todo, que hasta no desee más que ésta, eso sí que no lo comprendo.

Y luego esas groseras calumnias contra Cristo y el cristianismo; esas ineptias de que van contra la naturaleza y de que han deprimido el espíritu humano, y todo ese aluvión de vulgaridades que tantos pobres hombres se tragan.

Hay en una de esas bibliotecas populares, con que se halaga y seduce los más groseros instintos de los muchedumbres indoctas, un cierto libro, traducido del italiano, según creo, que se titula *Jesucristo no ha existido nunca*, ó cosa así. El libro es de lo más deplorable, de lo más huero, de lo más insustancial que cabe. Lo dictó, no el amor á la verdad, sino el sectarismo más desvergonzado. Hablaba yo de él con uno que lo había leído y se había encantado con su lectura, y le decía: "No es que la tesis me escandalice, no; esa tesis de la no existencia histórica de Jesús, de ser un mito, se ha sostenido más de una vez y con razones muy plausibles al parecer, ó por lo menos con doctrina—últimamente Karthoff—; pero es una tesis desechada por los más sesudos investigadores, sean cuales fueren sus ideas. Y me contestó: "Pues lo siento, porque no debió haber existido." Y yo, es claro, no supe qué decirle á esto.

Esa falta de idealidad, esa sequedad y pobreza de vida interior, que arguye el no anhelar otra vida trascendente; todo este materialismo práctico contrista el ánimo de quien medita un poco en el valor de la vida humana. Por mi parte, espero muy poco de los pueblos que caen en eso.

Entiéndaseme bien, lo repito; yo no aseguro ni puedo asegurar que haya otra vida; no estoy convencido de que la haya; pero no me cabe en la cabeza que un hombre de veras, no sólo se resigne á no gozar más que de ésta, sino que renuncie á otra y hasta la rechace. Y todo eso de que viviremos en nuestras obras, en nuestros hijos y en la memoria de las gentes, y que todo se renueva y transforma y que contribuiremos á hacer una sociedad más perfecta; todo eso me parecen miserabilísimos subterfugios para escapar de la honda desesperación.

He aquí por qué me causa tristeza el radicalismo de algunas de nuestras masas populares y no espero nada fecundo de él. Al radicalismo popular español, y acaso al radicalismo popular de los demás países llamados latinos, ó sea, en rigor, católicos, le falta substancia y aliento religiosos. El punto flaco de nuestro socialismo, v. gr., es su confusa noción del fin supremo de la vida individual.

Vamos á mejorar la condición económica del hombre, ¡bien!; vamos á hacer que no haya pobres ni ricos, ¡perfectamente!; vamos á lograr que con un moderado trabajo satisfagamos nuestras necesidades todos, ¡muy bien! ¿y después? Ya tenemos una

sociedad como la que sueñan Bebel ó Kropotkine, ¿y qué será de cada uno de nosotros en ella? ¿Cuál será el fin de esa sociedad? ¿Para qué vivimos?

“¡Enriqueceos!”—decía el calvinista Guizón á la burguesía católica de Francia.—¡Enriqueceos! ¡Muy bien! ¿Y después, cuando seamos ricos?

País en que las gentes no piensan sino en enriquecerse, es país... no quiero pensar qué país es ese. Baste decir que por lo menos yo me moriría en él de frío, de vergüenza, de asco.

Y si me parece repugnante un país en que no hay otra preocupación que la de enriquecerse, más repugnante me parece aquel en que la preocupación dominante sea la de gozar, la de divertirse. Es decir, la de aturdirse.

Un entusiasmo patriótico colectivo, un instinto imperialista, el ansia de influir en los demás pueblos y de sellarles con el sello propio, es al fin algo. Pero este entusiasmo, este instinto, esa ansia, viven y arden en aquellos pueblos que conservan el íntimo resorte religioso, en aquellos pueblos que guardan por debajo la inextinguible sed de eternidad.

El pueblo que se contenta con esta vida vive; en rigor, á la defensiva, y el que vive á la defensiva acaba por ser absorbido y dominado por los agresivos, por los de instinto dominador. La llamada lucha por la vida sólo es eficaz cuando es lucha por la predominación, no por la conservación. La esencia del ser más que el conato á persistir en el ser mismo, según enseñaba Spinoza, es el esfuerzo por ser más,

por serlo todo, es el apetito de infinidad y de eternidad.

Yo no sé qué esperar de pueblos materializados por una larga educación de fe implícita católica, de creencias rutinarias, y en los que parece gastado el resorte interior; esa íntima inquietud que distingue á los espíritus más genuinamente protestantes. No sé qué esperar de pueblos en que siglos de una religión más social que individual, más de rito y ceremonia y exterioridad y autoridad, que no de lucha íntima, les ha llevado á una librepensaduría de indiferencia y de resignación á esta baja vida.

De la superstición de un cielo y un infierno ridículos é infantiles han venido á caer á la superstición de una tierra grosera.

.....
Esta es la principal de mis cantatas. Sé que con ella me hago antipático á muchos, sobre todo á los estetas y paganizantes y á algunos pobres diablos que presumen de poetas y andan canturreando á la Vida y á la Belleza—así con letra mayúscula una y otra—á los neoepicúreos que no conocen á Epicuro, á ciertos sedicentes radicales y á otros de otras ganderías afines; pero cada cual trae á este mundo su batalla y acaso esta misma batalla se lleva de él adonde sea. Así, bien lo sé, me hago cargante á muchos, pero hace tiempo que me dijo un buen amigo: “Si quiere usted tener el respeto de las gentes en la segunda mitad de su vida, pásese la primera mitad haciéndose antipático.”

A lo que se añade para todos esos amenísimos sujetos mi manera de escribir—¡horror!—en esto que dicen no es estilo porque no es manera ni está hecho con acordeón al lado. Precisamente estoy leyendo ahora á dos escritores, Tucídides y Benvenuto Cellini—en su propia lengua á cada uno—, que me corrobora en mi modo de escribir, así, como quien habla ó dicta, sin volver atrás la vista ni el oído hacia adelante, conversacionalmente, en vivo, como hombre y no como escritor. No quiero que digan de mí que hablo como un libro; quiero que mis libros, que mis escritos todos, hablen como hombres. No quiero lascivias acústicas á costa del calor de lo dicho. Si eso otro es arte—que no lo es—me chiflo del arte y me quedo con la vida.

Pero esto es otra cosa que lo que me proponía en estas líneas. Otra vez tendré ocasión de decir cuatro lindezas á los ya moribundos modernistas, y sobre todo á quienes, con absoluta carencia de sentido crítico y de discernimiento, hayan alguna vez podido tomarme por tal. Es alusión.

Salamanca, Marzo de 1909.

INDICE

	Págs.
MI RELIGIÓN.....	7
VERDAD Y VIDA.....	17
DE LA CORRESPONDENCIA DE UN LUCHADOR.....	27
EL CRISTO ESPAÑOL.....	35
EL RESORTE MORAL.....	43
LA ENVIDIA HISPÁNICA.....	55
IBSEN Y KIERKEGAARD.....	67
LOS ESCRITORES Y EL PUEBLO.....	77
POLÍTICA Y CULTURA.....	87
LA CIVILIZACIÓN ES CIVISMO.....	95
GLOSAS Á LA VIDA SOBRE LA OPINIÓN PÚBLICA...	105
TRES GENERACIONES.....	111
SOBRE LA LUJURIA.....	121
SOBRE LA PORNOGRAFÍA.....	131
SOBRE DON JUAN TENORIO.....	141
A UN LITERATO JOVEN.....	153
EL CANTO DE LAS AGUAS ETERNAS.....	161
EL PÓRTICO DEL TEMPLO.....	169
BERGANZA Y ZAPIRÓN.....	177
NATURALIDAD DEL ÉNFASIS.....	187
CIENTIFICISMO.....	193
ESCEPTICISMO FANÁTICO.....	205
MATERIALISMO POPULAR.....	213